XXXII Domingo del Tiempo Ordinario/C

La resurrección de los muertos

El día primero recordamos a los Santos, los que ya están gozando de Dios. El día 2, tuvimos un recuerdo especial por los Difuntos. Hoy las lecturas nos hablan otra vez de la vida futura a la que todos estamos destinados.

¿Cuál es y cómo el destino último del hombre? A esta inquietante pregunta trata de responder la liturgia de este domingo. Jesús nos enseña que el destino es la vida, pero que esa vida en el más allá no se iguala a la vida terrena (evangelio). El martirio de la madre y sus siete hijos en tiempo de la guerra macabea ofrece al autor sagrado la ocasión para proclamar vigorosamente la fe en la resurrección para la vida (primera lectura). Pablo pide oraciones a los tesalonicenses para que "la palabra del Señor siga propagándose y adquiriendo gloria" (segunda lectura), una palabra que incluye la suerte final de los hombres ante el Juez supremo, que es Dios.

En el Evangelio de hoy Jesús expone su enseñanza sobre la resurrección de los muertos. Esta enseñanza adquiere mayor relieve por estar en un contexto polémico: "Se acercaron algunos de los saduceos, los que sostienen que no hay resurreción". Le presentan el caso de una mujer que fue sucesivamente esposa de siete hermanos y con ninguno tuvo descendencia, y le preguntan: "¿De cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque fue mujer de los siete". La dificultad del caso proviene de suponer que en la resurrección la condición de los hombres y mujeres será idéntica a la que tenemos en esta tierra. Jesús afirma que ¡no será igual! Una diferencia esencial es que aquí nuestro cuerpo está sujeto a la muerte y la corrupción; en cambio, después de resucitar, nuestro cuerpo no muere: "Se siembra corrupción, resucita incorrupción… En efecto, los muertos resucitarán incorruptibles" (1Cor 15,42.52). Allá no será necesaria la procreación, porque ya no mueren: "Ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles".

En la resurrección cesará la procreación; cesarán, por tanto, la institución del matrimonio y el amor conyugal. Los resucitados no serán ángeles, serán siempre seres humanos; pero serán "como ángeles". Por eso en la resurrección no habrá ninguna dificultad en la convivencia de la mujer con los siete hermanos que en la tierra la tuvieron como esposa.

Los cristianos podemos formular nuestra fe en la resurrección: "Omnis vivam" (viviré todo entero). Nuestra fe nos dice que el ser humano resucitará en su integridad. Hay, por tanto, una continuidad innegable entre el hombre histórico, que muere y vuelve al polvo, y el hombre resucitado. Resucitará el hombre y la mujer que ha pisado esta tierra, que ha amado, que ha hecho el bien, que ha procreado y educado a sus hijos, que ha trabajado para poder vivir, que ha muerto besando un crucifijo o rezando el rosario.

Si alguien pusiera en duda o negara esta continuidad, ¿en qué consistiría entonces la resurrección de los muertos? ¿No sería tal expresión un simple sonido sin sentido? Al mismo tiempo nuestra fe nos dice que la continuidad no equivale a igualdad. Nuestro polvo revivirá, pero trascendido. Seremos íntegramente hombres, pero nuestra vida no estará ya sometida a la condición histórica. El hombre entero vivirá en la condición de los ángeles, porque su misma dimensión corpórea quedará penetrada y como transformada por la dimensión espiritual, y principalmente por el Espíritu de Dios.

La resurrección de los muertos es un mensaje de esperanza. Para el creyente, el tesoro más precioso no es la vida que se tiene, sino la que se espera. Con todo, la vida actual es preciosísima. ¿Cómo no va a serlo, si en ella el hombre se juega toda la eternidad? La esperanza cristiana no hace vivir ajenos a la realidad del mundo y de la historia, sino enteramente entregados a hacer historia: historia de salvación. Construir la historia es tarea tarea de quien cree en el Señor de la historia y en la marcha de la historia a su desembocadura final.

Sí, como cristiano, espero en que Dios abrirá las puertas de la eternidad a mi mente, a mi corazón, a mi cuerpo, a mi vida. Porque la esperanza cristiana en la resurrección es mensaje de vida en plenitud, de presencia viva ante el mismo Dios vivo. Es vivir sin reloj ni cronología, estando siempre con el Señor, como sumergidos en el océano mismo de la Vida.

El mensaje cristiano es un mensaje de esperanza, porque anuncia el triunfo de la vida sobre el tiempo y sobre el mal, el triunfo de Dios sobre todos sus enemigos, el último del cual es la muerte. Este mensaje no se lo ha inventado la Iglesia, proviene del Dios "que nos ha dado gratuitamente una consolación eterna y una esperanza dichosa" (segunda lectura). ¡Vale la pena testimoniar con palabras y obras este mensaje de esperanza!.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)